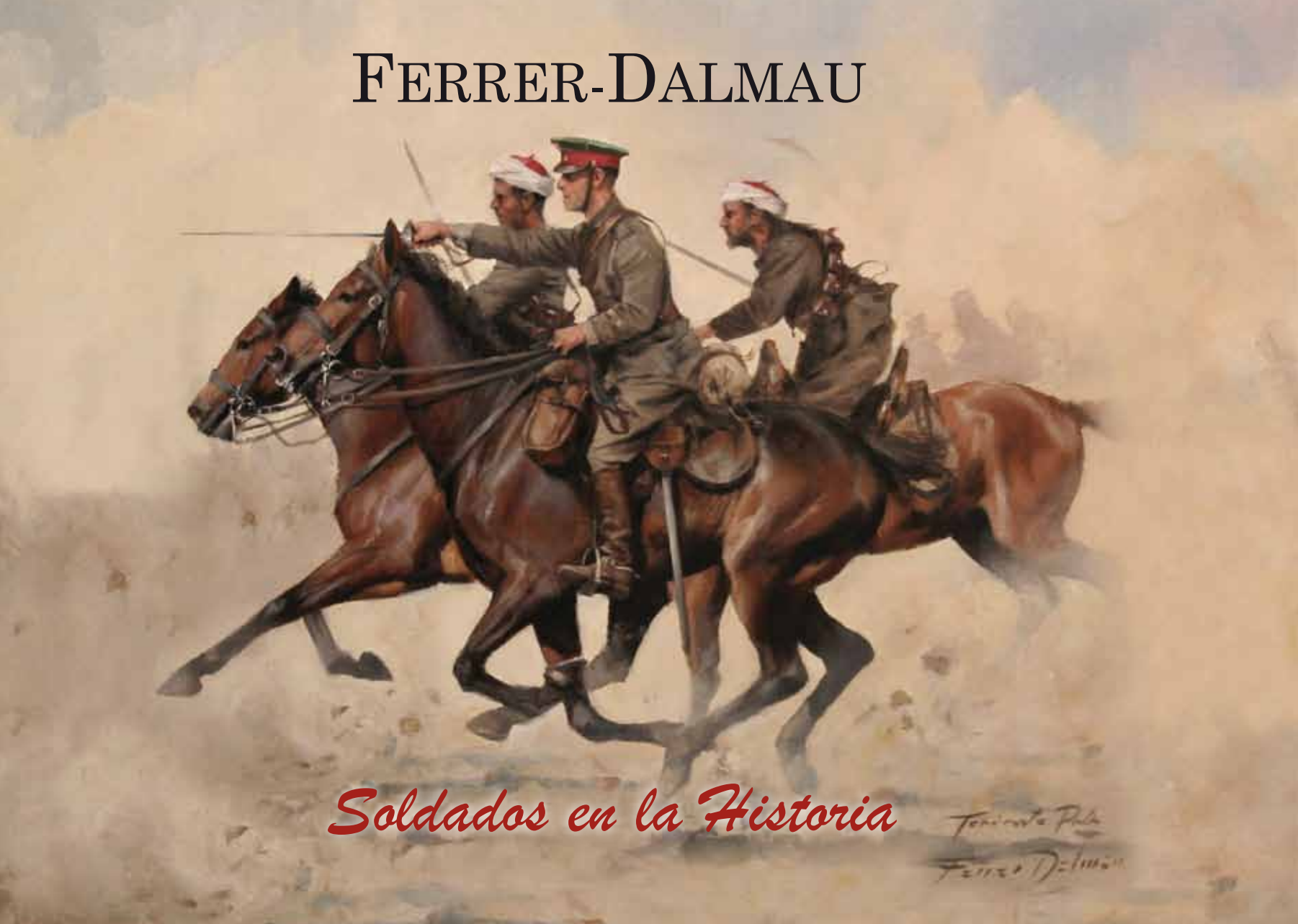
Ferrer-Dalmau



Soldados en la Historia

Ferrer-Dalmau

Soldados en la Historia

© *Augusto Ferrer-Dalmau Nieto*
© *Germán Segura García, Laura Díaz Fuentes y Agustín Pacheco Fernández*
© *Diputación Provincial de Alicante*
© *Galland Books S.L.N.E.*

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna, ni por ningún medio, ya sea informático, electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia sin permiso de los propietarios del copyright.

Título original: *Ferrer-Dalmau: Soldados en la Historia*
Primera edición: Enero de 2014
ISBN: 978-84-15327-39-4
Depósito legal: A 644-2013
Diseño y maquetación: Galland Books
Imprime: Angelma
Impreso en España

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra con fines comerciales sin el consentimiento de los autores, bajo otra cubierta o encuadernación distinta a éstas en que se publica, y omitiendo estas palabras.

Ferrer-Dalmau

Soldados en la Historia

Germán Segura García
Laura Díaz Fuentes
Agustín Pacheco Fernández

La Diputación de Alicante les presenta el catálogo correspondiente a la exposición ***FERRER-DALMAU: SOLDADOS EN LA HISTORIA***, una cuidada selección de la obra del magnífico pintor barcelonés Augusto Ferrer-Dalmau. Esta muestra comisariada por Germán Segura García, que se celebrará del 14 de enero hasta el 23 de febrero de 2014 en la sala de exposiciones del Palacio Provincial, pretende acercar a todos los alicantinos el trabajo de un pintor que ha sido calificado y reconocido por los expertos, no sólo como el mejor artista vivo de temática militar de España, sino uno de los mejores del panorama internacional.

Ferrer-Dalmau no es sólo un pintor de batallas, es fundamentalmente un pintor de soldados. Su prodigiosa capacidad técnica realista se pone al servicio de una evocación a veces épica, otras introspectiva, pero siempre hondamente psicológica. Sus cuadros retratan a los protagonistas de la guerra de una forma extraordinariamente documentada y nos muestran la grandeza y la miseria de la humanidad ante su destino.

Estamos ante un clasicismo perturbador. El artista no rehúye las grandes preguntas e incertidumbres y resuelve transmitiendo verdad, autenticidad y trascendencia. Cada cuadro es más que una fotografía o una instantánea del pasado, porque se dirige directamente a la conciencia. El paisaje, el rastro de la historia, la tragedia de la vida y la muerte. Eso pinta Augusto Ferrer-Dalmau.

Luisa Pastor Lillo
Presidenta de la Diputación de Alicante

La Diputación de Alicante tiene un compromiso institucional expreso en la conservación, el reconocimiento y el uso del inmenso legado que hay detrás de la tradición cultural. El conocimiento de nuestra historia es el pasaporte para acceder a la comprensión de nuestro pasado, afrontar nuestro presente y prepararnos para el futuro. En esta tarea de recuperación de nuestra memoria histórica a través de su puesta en valor, se enmarca la extensa y variada programación cultural impulsada por esta institución provincial, como la celebración de la exposición ***FERRER-DALMAU: SOLDADOS EN LA HISTORIA.***

Este catálogo que ilustra esta exposición representa una ocasión única de contemplar en directo la obra de Augusto Ferrer-Dalmau un pintor realista, de oficio, fascinante que nos acerca la historia militar de nuestro país. Quiero agradecer de todo corazón y expresamente a las instituciones públicas y a todos y cada uno de los particulares que han cedido amablemente sus obras para hacer posible la celebración de esta exposición.

También quiero agradecer el trabajo, talento y entrega de Germán Segura García, militar de carrera y Doctor en Historia, que ha comisariado la exposición. Segura nos ha contagiado a todos con su entusiasmo, empuje y, ante todo, con su conocimiento experto en la obra de ese gran artista que es Augusto Ferrer-Dalmau. Disfruten.

Juan Bautista Roselló Tent
Diputado de Cultura de la Diputación de Alicante

Boceto del cuadro de *La batalla de San Marcial*

SOLDADOS EN LA HISTORIA

Germán Segura García
Doctor en Historia
Comisario de la Exposición

«¡Oh muertos!
Desconocidos hombres que ahora pueblan mi mundo de fantasmas,
y que errantes sobre nuestros caminos de la vida
pesan como los árboles frutales, abrumados,
hacia el suelo profundo…»

Juan Gil-Albert, «Palabras a los muertos»,
en *Son nombres ignorados,* Barcelona, 1938.

Todo en este mundo es efímero. Al constatar la fugacidad de nuestro tránsito por la vida, los imprevisibles obstáculos que pueden cercenar el hilo de nuestros días, no podemos por menos que estar agradecidos día tras día del pedazo de tiempo que aún se nos ha concedido, en especial cuando vivimos rodeados de nuestros seres queridos. Y si a título personal la pérdida de un familiar, de un amigo, es un acontecimiento que nos entristece y nos deja abatidos durante un tiempo, ¿qué ocurre cuando la pérdida afecta a toda una colectividad o se ha producido a consecuencia del mandato que esa colectividad hace recaer sobre sus ciudadanos? Es éste el caso de la muerte de un soldado en cumplimiento de sus misiones, una circunstancia que siempre se presta a la reflexión.

En el mes de noviembre de cada año, desde el final de la Primera Guerra Mundial cuyo centenario se conmemora en 2014, los países de la Commonwealth vienen celebrando un *Día del Recuerdo* durante el cual los ciudadanos de estos territorios de tradición británica rememoran aquellos tiempos de acero en los que sus antepasados, militares y civiles, sacrificaron sus vidas por su comunidad. Las Fuerzas Armadas, lógicamente, no sólo participan activamente en unos actos que recorren todos los ámbitos de la sociedad, sino que también reciben el reconocimiento de sus conciudadanos en nombre de los soldados que ya no están y en el de los que siguen defendiendo los ideales de la comunidad en cualquier rincón perdido del mundo. Una amapola brillante carmín en la solapa es el distintivo que en esta conmovedora jornada porta el rico y el pobre, el anciano y el niño, hombres y mujeres.

Tratar de buscar en España una manifestación de afecto tan grande para con nuestros soldados y para todos aquellos que, en un momento u otro de la historia, se vieron arrebatados en el torbellino de la guerra sería muy difícil. Las razones de este comportamiento son complejas, nuestro espíritu colectivo demasiado cercenado en banderías para poder reflexionar con claridad sobre el papel que ha tenido el soldado en la historia y el que tiene hoy en una sociedad democrática. La paradoja es que los índices de opinión pública atestiguan que las Fuerzas Armadas están muy bien valoradas en comparación con otros colectivos profesionales, a pesar de que la imagen del soldado y de la guerra, ese fenómeno injustificable que explica la razón de ser del soldado, es conscientemente apartada de la sociedad e incluso un pequeño desfile

militar en fecha tan señalada como el 12 de octubre puede provocar un revuelo mediático y una escisión de opiniones que no tiene parangón con ningún país de nuestro entorno. Sin duda, aún estamos muy lejos de entender la democracia como la entiende el mundo anglo-sajón o, para no ir más lejos, nuestro vecino francés.

Sin embargo, el soldado está ahí, en la historia y en el día a día, realizando como siempre las tareas que sus conciudadanos, a través del gobierno instituido en cada momento, les ha encargado, con el grado de profesionalidad y equipamiento que un siempre magro presupuesto haya permitido, con el patriotismo que la sociedad, con su ejemplo diario, le haya imbuido. Ese soldado que desde los tiempos de nuestros afamados tercios recorrió a pie Europa, que en pobres navíos surcó el Atlántico para encontrar una América que hizo suya, que cruzó el estrecho para asentar sus reales en África, que regó pródigamente su tierra natal con sangre en interminables luchas fratricidas en las que siempre perdieron los españoles, que remontó el cielo hacia los tristes eriales de Asia central para morir lejos de los suyos, en nombre de bien no sé sabe quién, ese soldado tras el cual, parafraseando a Arturo Pérez-Reverte, estuvo España durante todos estos siglos. Mientras otros siguen velando las armas, muchos soldados duermen en el recuerdo, «*desconocidos hombres que ahora pueblan mi mundo de fantasmas*», como dijo el poeta alicantino Juan Gil-Albert, aunque las generaciones que les han sucedido permanezcan ignorantes de haber contraído deuda alguna con ellos. «*Así, ¡dormid triunfando, pedestales recientes! Nadie acierta a vivir mientras no cumple la pavorosa deuda contraída*».

¿Cómo podremos pagar esta deuda, el sacrificio de un individuo por un ideal colectivo? Para el soldado, quizás, lo más inteligente para perpetuar su existencia individual hubiera sido escapar o eludir la guerra. Algunos así lo hicieron. Otros, sin embargo, sabían que el remordimiento acabaría royendo sus vidas si no cumplían con el deber que les había encomendado una Patria que solía identificarse con los seres queridos. Al final, muchos lucharon tan sólo por sus mismos compañeros, hermanos de armas, sin entrar en más consideraciones metafísicas. Entre tanta diversidad permanece impoluto el sacrificio del soldado que se condujo con honradez a través del infierno de la guerra, ese soldado que merece el recuerdo más allá de las ideas que pudo defender en cada momento.

En un país tan poco dado a reflexionar sobre la naturaleza de la guerra y el rol del soldado en la sociedad actual, cualquier manifestación cultural que incide en este ámbito resulta, además de una proeza, una oportunidad para devolver parte de esa deuda contraída de la que hablábamos. Si se trata de una exposición del pintor Augusto Ferrer-Dalmau la oportunidad es única, no sólo por la dificultad de colectar una obra repartida por la geografía española, sino por la calidad artística y las emociones que trasmiten sus lienzos. Después de un éxito sin precedentes en Valladolid, Ferrer-Dalmau retorna al Mediterráneo donde su pincel forjó exquisitas marinas antes de consagrarse al soldado español. La Diputación Provincial de Alicante, siempre atenta a la difusión de valores culturales, ha hecho posible este proyecto y sus ciudadanos podrán disfrutar, sin duda, de un espectáculo de gran belleza estética que estimulará sus sentidos e incitará a una reflexión siempre pendiente, de forma que será ya imposible que caminen por esta tierra «*sin recordar que andan sobre restos calientes*», los de nuestros soldados de todos los tiempos.

AUGUSTO FERRER-DALMAU: RENACE UNA TRADICIÓN

Laura Díaz Fuentes
Licenciada en Historia del Arte

«[En el camino del infierno] *Vi algunos soldados, pero pocos; que por la otra senda* [la del paraíso], *infinitos iban en hilera ordenada, honradamente triunfando*»

Francisco de Quevedo, *El sueño del infierno.*

«*Cayó sobre ellos con la tierra la última oración, la última lástima, y después un inmenso olvido*»

Miguel de Unamuno, *Paz en la guerra.*

Si durante el siglo XX las "vanguardias" arrasaron con el arte realista, figurativo, que asociamos con la pintura de Historia, acusándolo de académico, nos toca a nosotros, transeúntes del siglo XXI, redescubrir una tradición pictórica que hemos arrollado; entender sus cánones, su evolución, el trasfondo ideológico y sentimental de su temática. El deseo del XIX, cuando floreció este género, de unir la Historia con la Belleza, el tema con una idea-sentimiento, es un deseo que, a muchos de nosotros, sigue pareciéndonos sumamente atractivo.

Hay en la actualidad una reivindicación del subgénero de la pintura de Historia que es la pintura militar o de batallas, gracias a la revitalización de los estudios sobre esta temática. Su origen se puede datar en 1998, fecha en que el Consejo de Europa organizó una exposición conmemorando los Tratados de Westfalia de 1648. La exposición y su catálogo, nutrido de ensayos y estudios, inauguraron un nuevo interés por la cultura visual de la guerra.

Hoy en día tenemos una percepción de la guerra formada a través de la televisión, el cine, la fotografía y el documental, más descarnada que en siglos pasados. Entonces, los cuadros de batallas eran concebidos con un valor representativo y alegórico, con voluntad conmemorativa. Su función exigía, y exige, un importante esfuerzo de documentación. En esos cuadros, que conforman nuestro universo visual de aquélla época, no todo era realidad, no se corresponden con el periodismo de guerra contemporáneo. Aunque hubo pintores que acompañaron a los ejércitos para tomar apuntes y bocetos *in situ*, la mayoría realizaba sus obras mucho tiempo después de los acontecimientos, siguiendo modelos preestablecidos y acudiendo a otras informaciones indirectas.

Los numerosos tratadistas de pintura españoles del Siglo de Oro (200 años de orgullosa, amplia, compleja y diversa creación cultural) reglamentaron el cómo debían reproducirse las escenas de guerra. Así, distinguían entre pinturas de batallas representadas a gran escala (*stilus gravis*), con un carácter heroico y

alegórico, como la realizada por Velázquez en La rendición de Breda; y otras obras a escala más reducida, con una intención de mostrar los hechos de las acciones bélicas (*stilus humilis*), conocidas como "pintura de género" cuyo propósito era instruir o moralizar.

En España la pintura militar ha existido con tanto arraigo como en los demás países occidentales. Es creencia extendida que aquí el género no ha tenido un gran cultivo, pero no existe un estudio general y en profundidad del tema, y puede que cuando se culmine nos sorprendamos. Citaré algunos ejemplos: inauguramos el Gótico con las *Pinturas Murales de la conquista de Mallorca por Jaime I,* datadas en 1229, pintadas en un palacio de Barcelona y conservadas hoy en el Museo Nacional de Arte de Cataluña (MNAC). Estos frescos son muy anteriores a las *Batallas de san Romano* de Paolo Ucello (de 1456), consideradas las primeras pinturas bélicas en el arte occidental. También anterior a Ucello es el *Retablo de San Jorge*, de la iglesia del mismo nombre de Valencia (actualmente en el Victoria and Albert Museum), en el que aparece *La Batalla del Puig,* ganada por Jaime I, en 1237 y pintada por Marzal de Sax hacia 1410-1420.

En el Renacimiento encontramos *La conquista de Orán*, encargada por Cisneros a Juan de Borgoña, en 1514; y las obras que el emperador Carlos encargó sobre su campaña contra Túnez; sin olvidar el gran conjunto pictórico del Palacio del Viso del Marqués, en honor al almirante Don Álvaro de Bazán y su linaje. Hubo importantes pintores de batallas en el Barroco, hasta llegar –evidentemente– a Velázquez, que con su *Rendición de Breda,* según Carl Justi, logró realizar «*el mejor cuadro de historia jamás pintado*».

La tradición de pintura militar continúa durante los Borbones. Y el siglo XIX lo inaugura Goya. Su testimonio de las guerras napoleónicas y su enorme poder destructivo ofrecerá la visión de la nueva faz que la guerra ha adoptado con la modernidad: ya no hay héroes, ni siquiera el soldado es protagonista, sino ese pueblo víctima o verdugo, al que representa en *Los horrores de la guerra*. Goya, precursor y visionario.

En España, la pintura de historia es inseparable de las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes que, instituidas en 1853, se celebraron durante un siglo. Tenían como objetivo proteger las artes, y promocionar a los artistas. Nuestro Museo de Bellas Artes Gravina de Alicante (MUBAG) ofrece una exposición permanente que relata este sistema que tanto ayudó a los artistas de provincias, desde Gisbert hasta Sorolla. En este contexto cabría destacar abundantes nombres que abordaron la pintura militar, algunos lamentablemente poco conocidos fuera del ámbito del especialista. Citaré algunos de una muy nutrida lista de pintores del XIX y ejemplos de sus obras: José Aparicio e Inglada con su *Batalla de San Marcial*; Van Halen y sus *Batalla de Clavijo* y *La I Guerra Carlista*; Balaca Fonseca, con *La batalla de Bailén*; Casado del Alisal y su famosa *Rendición de Bailén*; Mariano Fortuny, comisionado por la Diputación de Barcelona para viajar a Marruecos como cronista gráfico de la Guerra de África, con sus impresionantes *Batalla de Tetuán* y *Batalla de Wad-Ras*; Sans Cabot, con *Episodio de Trafalgar* y el conocidísimo *El general Prim en la guerra de África*. José Benlliure nos legó *Descanso sobre la marcha*, y su hermano Juan Antonio *Por la patria*; a los también hermanos Álvarez Dumont debemos, en el caso de César *El gran día de Gerona;* y a Eugenio, *Malasaña y su hija se baten contra los franceses*. Y también hay que citar a Moreno Carbonero (*Desembarco de Alhucemas*); a Enrique Estevan Vicente (*El pri-*

mer balazo); a Marcelino de Unceta (*Pacificación de las Germanías*); a Víctor Morelli (*Batalla de Treviño*); y a Manuel Castellano (*Muerte de Daoíz y Velarde*). Así como los pintores de temas marinos de finales de siglo: Salvador Abril y Blasco, J. Pineda, Antonio Paula Caula, y R. Monleón

Pese a esta larga lista, la obra de José Cusachs es singular y el autor personifica mejor que nadie la pintura de temática militar del XIX. Formado en Francia con los maestros del género, su aprendizaje lo empleó para dejarnos una estampa entrañable y deliciosa del soldado español, retratando la épica de lo cotidiano. Él democratiza los "cuadros de batallas", y por eso tiene un lugar de honor en nuestro imaginario.

Augusto Ferrer-Dalmau se confiesa heredero de Cusachs, después de un siglo. En sus lienzos, el protagonista es el soldado. Aquellos soldados de que hablara Quevedo. Pertenecen a todas las épocas, pero siempre llevan con ellos la honra de los Tercios.

Desde este piquero de los Tercios Viejos, todos nuestros soldados aparecen en la obra de Ferrer-Dalmau: el de las mortíferas guerras de África; el carlista, absorto en ese abismo romántico de la nostalgia por la pérdida definitiva de un mundo de tradiciones y leyes viejas que no volverán; la artillera valiente, arquetipo del valor femenino que sostiene al compañero cuando las fuerzas fallan; o el militar a caballo en una tarde lluviosa en el puerto de Barcelona, una de las más bellas imágenes que existen de las rutinas castrenses, en el soberbio marco del puerto de la Ciudad Condal (nuestro artista es un gran pintor de marinas); o la del soldado que se dirige a la intemporal campesina que recoge la cosecha, deudora de las de Millet; o el soldado que, en reposo, contempla un paisaje magistralmente captado gracias a los ocres, castaños, y grises (todos los colores tierra heredados por Augusto de la escuela paisajística catalana del XIX, de un Rigalt, Martí Alsina o Vayreda); para llegar al fin hasta los hombres y mujeres de nuestro Ejército que patrullan por los estériles valles afganos, donde el tiempo está detenido y donde se palpa la tensión que todos los soldados sienten en un campo de batalla.

Ferrer-Dalmau ha conseguido, en poco tiempo, gracias a su impecable trabajo, a una perfección técnica asombrosa, heredera de la gran tradición de la pintura de Historia, e inspirado por su amor a nuestros ejércitos, demostrar que también en España se cultiva la pintura histórica militar al más alto nivel; que hay gentes que quieren contemplar sus cuadros en exposiciones por toda España; y atesorarlos en sus casas, como una pieza íntimamente valiosa, por esa Idea-Sentimiento que encarnan y que expresan con Belleza. Ha merecido que nuestras instituciones y museos encarguen sus cuadros. No otros países. Nosotros. Sin complejos.

En palabras del pintor catalán «*la temática de mis obras se ha convertido en una reivindicación, una exaltación de nuestros ejércitos, a través de su estética, un recuerdo necesario de quiénes fuimos. Mis cuadros son una ventana a nuestra historia militar*». Augusto ha conseguido que aquellos pobres soldados de los que habló Unamuno levanten la losa de un inmenso olvido.

Boceto autorretrato de Ferrer-Dalmau en Afganistán

AUGUSTO FERRER-DALMAU NIETO

Augusto Ferrer-Dalmau Nieto nació en Barcelona el 20 de enero de 1964. Hijo de una familia de industriales textiles, cursó estudios en los Jesuitas de Sarriá. A finales de la década de los ochenta trabajó como diseñador textil para distintas firmas punteras del sector en Barcelona y Málaga, pero manteniendo siempre viva su afición por la pintura al óleo. Su vocación por la milicia le llevó también, desde muy joven, a pintar soldados, aunque sus primeros trabajos independientes fueron paisajes, en especial, marinas. Más tarde, inspirado en la obra de Antonio López, se centró en los ambientes urbanos, captando en sus lienzos de forma magistral los rincones de su Barcelona natal. Es entonces cuando comienza a exponer en galerías de arte, cosechando éxitos y buenas críticas. La obra de esta época está recogida en un monográfico del autor y en distintos libros generales de arte contemporáneo. A finales de la década de los noventa decide consagrarse en cuerpo y alma a la temática histórico-militar y comienza a producir lienzos donde el cuidado paisaje se entrelaza con los soldados y caballos. Su obra expuesta en galerías de arte comienza a tener gran aceptación en el público amante de esta iconografía y los encargos de particulares y de distintas unidades militares españolas se sucederán ya con gran profusión. Instalado en Valladolid desde 2007, desde entonces ha venido colaborando de forma más asidua con diferentes editoriales, asociaciones y entidades especializadas en la difusión de la historia militar en España. De hecho, algunos de sus cuadros han sido realizados expresamente para tomar parte en varias exposiciones dedicadas a la Guerra de la Independencia y organizadas por el Ministerio de Defensa. Es de destacar también el éxito que obtuvo en sendas muestras en las que compartió cartel con su paisano José Cusachs en los Palacios de Capitanía de Barcelona y Madrid en el año 2011, y otra consagrada íntegramente a su obra en el Palacio de Capitanía de Zaragoza durante las Fiestas del Pilar de 2012. En septiembre de ese mismo año, justo después de una breve estancia en Afganistán junto a las tropas españolas de ISAF, el pintor catalán fue homenajeado por parte del Museo del Ejército (Toledo) al organizarse una multitudinaria exposición de miniaturas y dioramas de modelistas militares basados en escenas extraídas de sus cuadros. La última gran muestra de su obra tuvo lugar en la Sala de las Francesas de Valladolid en verano de 2013, alcanzando la cifra récord de más de 22.000 visitantes en apenas dos meses. Hombre comprometido con la cultura y el arte, Augusto Ferrer-Dalmau ha recibido numerosos premios y reconocimientos por parte de la sociedad, siendo el patrocinador de una revista, el *FD Magazine*, en la que aborda la Historia de España y de sus gentes desde una perspectiva artística. En definitiva, nos encontramos ante uno de los pintores realistas más destacados de nuestro país y el principal referente en la pintura de asunto militar, recibiendo el aplauso público allí donde sus obras son expuestas y el reconocimiento por parte de todos los aficionados de la historia militar, no ya sólo en España, sino incluso más allá de nuestras fronteras.

COMENTARIO DE LAS OBRAS

Durante el reinado de Carlos II, último monarca de la rama española de la Casa de Habsburgo, España estuvo numerosos años en guerra contra la Francia de Luis XIV, el llamado Rey Sol. Desde la paz de los Pirineos (1659) hasta la muerte de Carlos II en 1700, las tropas españolas se enfrentaron a su potente enemigo en las guerras de Devolución (1667-1668), Holanda (1672-1678), Luxemburgo (1683-1684) y de los Nueve Años (1688-1697). La agresividad francesa, fruto de su calculada política de avanzar sus fronteras hacia el obstáculo natural que representaba el Rin, llevó consigo para una monarquía española en horas bajas la pérdida de importantes territorios, en especial, el Franco Condado e importantes plazas en la frontera flamenca. El camino de Flandes interceptado desde mediados de siglo y la marina impotente para operar con eficacia en el Canal de la Mancha, los tercios tuvieron que resistir el constante acoso francés, defendiendo la línea de fortificaciones flamencas y auxiliando a sus antiguos enemigos holandeses contra la potencia militar y las ambiciones de Luis XIV.

Durante la Guerra de los Nueve Años, la Diputación del Principado de Asturias levantó un Tercio de 300 hombres para ser enviado al frente de Cataluña. El 2º Tercio de Asturias fue creado en 1690, siendo su Maestre de Campo D. Francisco Menéndez Avilés y Porres. Según una memoria sobre la uniformidad de estas tropas, ésta se debía componer de casaca con forro colorado, calzón de paño pardo y jubón colorado. En cuanto al armamento, como podemos apreciar en la imagen, el infante va provisto de pica, espada con guarnición de taza, y daga. Al tratarse de un coselete, su protección consiste en morrión con cresta y armadura para resguardar el tronco. Los coseletes solían ser piqueros veteranos que ocupaban los primeros rangos de la formación y por ello iban mejor protegidos. Al fondo ondea una bandera con la cruz roja de San Andrés, característica de la infantería española desde principios del siglo XVI.

La Guerra de África (1859-1860) es uno de los muchos episodios militares en los que tomó parte el Regimiento de Infantería Asturias nº 31. Declarada la guerra al sultán de Marruecos a finales de octubre de 1859, el general Leopoldo O'Donnell, jefe del gobierno español, se hizo cargo personalmente de un ejército expedicionario compuesto de 35.000 hombres, que empezó a desembarcar en Ceuta a partir del 19 de noviembre. Las operaciones ofensivas en dirección a Tetuán comenzaron en enero de 1860 y tendrán su corolario final en la toma de esta plaza y la batalla de Wad-Ras, que obligarían a los marroquíes a aceptar las condiciones de paz a finales de marzo. En esta breve pero dura campaña africana tomó parte la mitad de las tropas de infantería disponibles en España, incluido el Asturias, cuyo alférez abanderado aparece en la imagen de la derecha sosteniendo la enseña nacional y vestido con capote pardo de intemperie y ros.

G.S.G.

Piquero del 2º Tercio de Asturias
2012
Óleo sobre lienzo, 40 x 25 cm
Asociación Retógenes Amigos de la Historia Militar

Abanderado del Regimiento Asturias, 1860
2012
Óleo sobre lienzo, 40 x 25 cm
Asociación Retógenes Amigos de la Historia Militar

En agosto de 1704, durante la Guerra de Sucesión española (1701-1714), una flota anglo-holandesa que había fracasado frente a los muros de Barcelona desembarcó en la bahía de Algeciras para tratar de conquistar el Peñón de Gibraltar en nombre del archiduque Carlos de Austria, pretendiente al trono de España. La ciudad andaluza estaba gobernada por el sargento mayor Diego de Salinas, quien ya había expuesto ante el capitán general de Andalucía, marqués de Villadarias, el estado de indefensión en el que se encontraba Gibraltar en caso de un posible asalto aliado. Sin embargo, las principales fuerzas españolas se encontraban por entonces en la frontera de Portugal y la guarnición gibraltareña no pudo incrementar su débil dotación compuesta de un centenar de soldados deficientemente equipados, a los que se unieron otros quinientos paisanos. Lo único que pudo hacer Salinas fue pedir al capitán general que transmitiera a Felipe V *«la decisión de la ciudad de sacrificarse en su servicio»*.

El primero de agosto de 1704, la flota de la Gran Alianza echaba anclas frente a Gibraltar y desembarcaba cerca de 2.000 hombres en el istmo que separa esta población del resto del continente. Antes de iniciar el ataque, el príncipe de Hessen-Darmstadt, jefe de la expedición, envió una carta en la que se instaba a la ciudad a unirse a la causa austriaca. Ante la negativa, la escuadra aliada decidió pasar a la acción la noche del 2 de agosto. Sin embargo, el fuerte viento impidió el avance de las operaciones hasta la mañana siguiente en la que los buques anglo-holandeses pudieron desencadenar un furioso bombardeo que no pudo ser contrarrestado por las baterías españolas. Mientras se realizaban ataques terrestres para despistar a la guarnición, los aliados dirigieron sus botes de desembarco hacia el castillo que protegía Gibraltar por el sur. Los marines ingleses estaban empezando a escalar las murallas de esta fortificación cuando los defensores hicieron saltar una mina que tenían preparada, pereciendo entre sus ruinas medio centenar de ingleses y otro medio resultando heridos de consideración. Parte de los marines trataron de retomar los botes que no habían sido dañados tras la explosión, pero se recompusieron con la llegada de un refuerzo de 1.500 hombres. Así, los asaltantes se hicieron fuertes en el muelle nuevo y quedaron en disposición de avanzar hacia la ciudad en cualquier momento y sin mayor obstáculo. Durante el bombardeo de la plaza, las mujeres y niños se habían refugiado en el santuario de Nuestra Señora de Europa y quedaron cercados al interponerse los enemigos entre éste y la ciudad. Reunido el cabildo de Gibraltar el 4 de agosto, se resolvió capitular para impedir el saqueo y conseguir la devolución de los prisioneros civiles. Al día siguiente, Diego de Salinas y la mayoría de los gibraltareños tomaban la triste resolución de abandonar la estratégica plaza. De los 5.000 habitantes tan sólo permanecieron cerca de 60 personas que juraron al archiduque como rey de España con el nombre de Carlos III de Austria.

G.S.G.

El último de Gibraltar
2012
Óleo sobre lienzo, 48 x 42 cm
Colección particular

Durante la Guerra de la Cuádruple Alianza (1717-1721), las tropas españolas se dispusieron a recuperar parte de los territorios perdidos tras el tratado de Utrecht-Rastatt. En 1717, Felipe V decidió enviar una expedición a la isla de Cerdeña, en posesión de su rival al trono español, el emperador Carlos VI. Organizó la empresa José Patiño, Intendente General de la Marina, que consiguió reunir en Barcelona una veintena de navíos de guerra y cerca de un centenar de transportes. Se designó jefe de las tropas expedicionarias a Juan Francisco de Bette, marqués de Lede.

La flota española llegó a mediados de agosto a la bahía de Cáller. La meteorología adversa dio tiempo a las fuerzas imperiales que defendían la plaza –casi todos exiliados españoles– a preparar la defensa, pero las tropas de Lede efectuaron el desembarco sin mucha oposición. Con la protección de la flota y la continua llegada de suministros, las operaciones en tierra se desarrollaron con celeridad de forma que en poco más de dos meses Cerdeña quedó en poder de Felipe V.

Este fulgurante éxito impulsó una nueva expedición contra Sicilia, en posesión del duque de Saboya. En el puerto de Barcelona se fue concentrando una flota al mando de Antonio Gaztañeta compuesta de cinco escuadras con cuarenta navíos de guerra y más de trescientos transportes con los que proyectar cerca de 30.000 hombres a las órdenes del marqués de Lede. Al igual que Cerdeña, en Sicilia había muchos partidarios de los españoles y el reino fue reducido en pocos días, exceptuando las plazas de Mesina, Milazzo y Siracusa. Sin embargo, las potencias europeas, sorprendidas por el fulminante rearme naval español, autorizaron a la flota británica a dar caza a la española que bloqueaba Mesina. Sin mediar declaración de guerra, el almirante Byng sorprendió a Gaztañeta en cabo Passaro (11 de agosto de 1718) y dejó fuera de combate a más de la mitad de los navíos españoles. Por esas fechas, Gran Bretaña, Francia, Austria y Saboya formalizaban una Cuádruple Alianza para frenar el expansionismo español y retornar Cerdeña y Sicilia a sus propietarios.

Mientras el conflicto bélico iba ganando en amplitud, la fuerza expedicionaria española quedaba acorralada en Sicilia, tan sólo socorrida puntualmente por las galeras que rompían el bloqueo de la flota británica. Aún así, las operaciones terrestres continuaron en la isla y el marqués de Lede consiguió derrotar a los imperiales en la batalla de Francavilla (20 de junio de 1719). Sin embargo, la invasión francesa de Guipúzcoa y el Ampurdán obligó a Felipe V a aceptar las condiciones de la Cuádruple Alianza y evacuar sus tropas de Italia.

En esta escena de la batalla de Francavilla vemos el momento en que el Regimiento de Infantería Asturias, después de disparar sus armas, inicia una dramática carga a la bayoneta contras las líneas austriacas. Desde inicios del siglo XIX, esta unidad militar tiene el sobrenombre de “El Cangrejo” porque, en las retiradas que sostuvo, jamás volvió la espalda al enemigo.

G.S.G.

Regimiento Asturias: Sangre española
2009
Óleo sobre lienzo, 54 x 65 cm
RIMZ «Asturias» nº 31

La entrada en España de las tropas imperiales francesas para la proyectada invasión de Portugal en 1808 fue una audaz estratagema de Napoleón para apoyar la maniobra política de entronización de su hermano José I en el solio de la monarquía española. Pero el Gran Corso minusvaloró la resistencia del pueblo español a sus dictados. El 2 de mayo se produjo el levantamiento popular de Madrid contra los franceses, seguido a pocos días del alzamiento revolucionario en otras localidades de la geografía española ante la pasividad de las instituciones tradicionales de la monarquía. El Ejército español, siguiendo las últimas instrucciones de su monarca legítimo antes de marchar a Bayona, continuó colaborando con el mando francés y fue incapaz de valorar el alcance y carácter de la insurgencia popular.

Ante esta situación, las órdenes caducas y la responsabilidad de los mandos españoles puesta a prueba, el Arma de Ingenieros supo estar a la altura del momento histórico por el que estaba pasando España. Como señaló el historiador Gómez de Arteche en su obra sobre la Guerra de la Independencia: «*La primera fuerza del ejército que en cuerpo, organizada y unánime se declaró abiertamente contra los franceses, fue la del regimiento Real de Zapadores minadores, existente en Alcalá de Henares; a pesar de encontrarse a cinco leguas escasas del grueso del ejército francés. Dicha fuerza, (…) adoptó y llevó a cabo su patriótica resolución, unánime en oficiales y tropa en la tarde y noche del 25 de mayo, en cuyo mismo día se verificó el levantamiento en las provincias que más se adelantaron; si bien el proyecto estaba concebido y preparado días antes*».

A media noche del día 24 de mayo de 1808, los miembros del Regimiento Real de Zapadores-Minadores, sin órdenes de la superioridad, abandonaron su guarnición en Alcalá de Henares para dirigirse a Cuenca y unirse a la lucha contra las fuerzas napoleónicas. La fuerza consistía en dos compañías del primer Batallón, en torno a unos 150 hombres, conducidos por el sargento mayor Don José Veguer y Martiller junto a otros seis oficiales. Con sus mandos al frente, tambores batiendo y bandera desplegada, seguidos de varios carros con el equipo y la caja de caudales de la unidad, las tropas llegaron a Valencia el 7 de junio, siendo recibidos entre las aclamaciones de la población. La Junta Suprema del Ejército de Valencia, cuyo Reino se había levantado también contra los franceses, dio las gracias a los heroicos zapadores y concedió un grado a los oficiales y un premio en metálico a la tropa. En conmemoración de esta gesta, Fernando VII concedió el 1 de octubre de 1817 la Cruz de Distinción de la Salida de los Zapadores con el lema «*Mi lealtad y valor te conservaron*».

Con este cuadro, presentado a S.M. el Rey Don Juan Carlos I por el General Director de la Academia de Ingenieros del Ejército en el tercer Centenario de la fundación del Arma, no sólo se rinde homenaje al Regimiento Real de Zapadores-Minadores, la primera unidad del Ejército español que se sublevó contra las tropas napoleónicas que ocupaban España, sino a todos aquellos miembros de este Arma que lucharon durante seis años en la Guerra de la Independencia (1808-1814) hasta la restauración de Fernando VII en el trono español.

G.S.G.

La gesta de los Zapadores
2011
Óleo sobre lienzo, 90 x 150 cm
Academia de Ingenieros del Ejército

Los sucesos del 2 de mayo en Madrid corrieron como la pólvora por toda España. Las autoridades permanecieron cautas, esperando órdenes de la superioridad. Pero el pueblo, descontento con la ocupación francesa y por la inactividad del gobierno, se mostró en rebeldía y dio pie a la creación de las Juntas para gobernar en nombre del desposeído Fernando VII. En el caso de Zaragoza, el pueblo asaltó el Palacio de Capitanía el 24 de mayo y depuso al capitán general Jorge Juan Guillelmi, que se había demostrado indeciso a la hora de hacer frente a las tropas francesas. El brigadier José Palafox y Melci fue proclamado nuevo capitán general de Aragón y gobernador de Zaragoza. Las fuerzas con las que contaba a inicios de la sublevación apenas llegaban a los 5.000 hombres, si bien Zaragoza tenía por entonces una población de 55.000 habitantes. Ante este estado de cosas, el mando francés decidió enviar un ejército a las órdenes del general Charles Lefebvre-Desnouettes, que salió de Pamplona a inicios de junio para recuperar la capital aragonesa y abrir las comunicaciones del valle del Ebro hacia Cataluña. Lefebvre derrotó con facilidad a las tropas españolas que, a las órdenes del marqués de Lazán, hermano de Palafox, habían intentado detener su avance en Tudela y Mallén. A mediados de junio, las fuerzas imperiales llegaban frente a Zaragoza, una plaza pobremente fortificada y con una guarnición de tropas regulares incapaz de enfrentarse en campo abierto a un ejército francés más maniobrero.

La defensa de Zaragoza se llevó a cabo con gran improvisación y se tuvo que llamar a las armas a sus habitantes. Los franceses trataron de intimidar a la población con un primer asalto a través de las primeras brechas que la artillería había abierto en los muros de la ciudad. Sin embargo, no esperaban la tenaz resistencia de los zaragozanos ni el hecho de que tuvieran que combatir casa por casa contra un pueblo tan exaltado. Entre los defensores se encontraba Agustina Raimunda María Saragossa y Domènech, de 21 años, nacida en Reus y casada con un cabo del Cuerpo de Artillería. *Agustina de Aragón* o *La Artillera*, como se la conocería popularmente, se encontraba el 4 de julio de 1808 en el Portillo, colaborando en la defensa de una batería española ante el ataque lanzado por las fuerzas del general Jean Antoine Verdier, quien había tomado el mando francés a finales de junio. Cuando los franceses embistieron la batería y dejaron muertos o heridos a todos lo sirvientes de la misma, Agustina tomó el botafuego de las manos de uno de ellos y disparó un cañón de a 24 libras, consiguiendo rechazar al enemigo y jurando no desamparar la posición mientras durase el ataque. Esta valiente acción estimuló la defensa y proporcionó a la protagonista gran fama ya en su época, difundiéndose en España como un símbolo de la resistencia contra Napoleón. Aquí el pintor nos ofrece una versión inédita de la acción protagonizada por la intrépida joven vestida con la típica indumentaria aragonesa. Agustina, que llegó al grado de subteniente de Artillería, se casaría en segundas nupcias y se establecería en Ceuta, donde falleció en 1857. Hoy los restos de la heroína yacen en la zaragozana Iglesia de Nuestra Señora del Portillo.

G.S.G.

Agustina de Aragón
2012
Óleo sobre lienzo, 55 x 46 cm
Colección particular

Escena costumbrista, donde dos lanceros pertenecientes a la Legión Extremeña, unidad creada durante la Guerra de la Independencia, comparten escena con unas segadoras. Al igual que en otras obras similares, como *La Madre* (2006), *Húsares con Lugareña* (2008), *Segundo Homenaje a la Guardia Civil* (2009) o *La despedida* (2012), el autor plasma a la perfección la interrelación entre soldados y paisanos.

La Legión Extremeña

Organizada en 1810 por el aventurero de origen escocés John Downie, un enamorado de España y de su «Siglo de Oro», recibió como primera denominación la de Cuerpo Volante de Leales de Pizarro, en recuerdo y homenaje al conquistador de Perú. Reclutó en su mayoría a voluntarios extremeños, a los que vistió y armó con su propio dinero. Ante su generoso proceder la marquesa de la Conquista, descendiente de Francisco Pizarro, le entregó la espada de su antepasado. En cuanto al uniforme, muy vistoso pero poco funcional, era muy similar al empleado en la época de Carlos I, por lo que cuando estos soldados entraron en Cádiz en 1811 causaron el asombro entre los habitantes y soldados de la ciudad. Poco después, esta uniformidad, más válida para desfiles que para la vida en campaña, sería sustituida por la que se muestra en el cuadro; reemplazando también el nombre de la unidad por el de Leal Legión Extremeña.

Combatió principalmente en Extremadura y Andalucía, aunque al final de la guerra lucharía en la batalla de Vitoria; participando posteriormente en la Campaña del Sur de Francia. Entre los combates más destacados en los que tomó parte, hay que mencionar la acción de Arroyomolinos (Cáceres), donde hizo más de 200 prisioneros. También participaría en la liberación de Sevilla en agosto de 1812. En esta última acción, que tuvo por escenario el puente de barcas que separaba el barrio de Triana del centro de la ciudad, el propio Downie protagonizó una gesta digna de mención, donde estuvo a punto de perder la histórica espada que le habían entregado en Trujillo, al enfrentarse con las tropas francesas que defendían el mismo. Gómez de Arteche la describe así:

«Downie, entonces, arremetió furioso; y aunque rechazado dos veces y otras tantas herido, se adelantó por el puente hasta que, cayendo del caballo al saltar un claro entre las tablas que los franceses habían levantado para interceptar el paso, quedó nuevamente herido, separado de los suyos y prisionero. No por eso perdió su serenidad británica; y no olvidando sus extraños accidentes de origen en aquella lucha para él voluntaria, caballerosa y hasta no poco quijotesca, arrojó a los suyos, de un lado a otro de la abertura de las tablas del puente, la gloriosa espada de Pizarro, que la marquesa de la Conquista le había ceñido al organizar la abigarrada y valentísima Legión Extremeña. Así consiguió salvar una prenda militar que, de haber caído en poder de los franceses, figuraría hoy de seguro como uno de sus más preciados trofeos en alguno de los museos de París».

A.P.F.

LANCEROS DE LA LEGIÓN EXTREMEÑA
2010
Óleo sobre lienzo, 46 x 55 cm
Colección particular

El 28 de septiembre de 1704, Felipe V decretó una ordenanza en la que, entre otras medidas, se estipulaba que en los regimientos de caballería y dragones debían figurar tres carabineros por compañía, hombres seleccionados de entre los más veteranos, quienes, armados con carabina, debían ser desplegados durante la batalla a la cabeza de los escuadrones para servir de guerrilla o en misiones de exploración. En 1721, el mismo monarca decidió concentrar a los carabineros en compañías, de forma que los regimientos de caballería se componían de doce compañías sencillas más una de carabineros que debía hacer el servicio separada de sus respectivos regimientos. Se consideró, sin embargo, que estas compañías serían de mayor utilidad combatiendo unidas de manera que pudieran crear una masa de fuego más potente con sus carabinas. Así, el 7 de marzo de 1732 se expidió la ordenanza para la formación de la Brigada de Carabineros Reales, primer cuerpo en precedencia de la caballería española después de los Guardias de Corps. Diez años más tarde sería declarada Cuerpo de la Casa Real.

La Brigada de Carabineros Reales se compuso inicialmente por doce compañías divididas en cuatro escuadrones, y los hombres se entresacaron de los regimientos de caballería. La unidad tomó parte en las principales campañas del Ejército español en el siglo XVIII, destacando especialmente en las batallas de Bitonto (1734) y Camposanto (1740). Para la Guerra de Portugal (1801) se formó un cuerpo de caballería ligera de dos escuadrones (uno de húsares y otro de cazadores) con la misión de dar guardia personal al generalísimo español Manuel Godoy. Esta unidad recibió el nombre de Guardia de honor del almirante y, en 1805, sus dos escuadrones pasarían integrados a la Brigada de Carabineros.

Iniciada la Guerra de la Independencia, la Brigada de Carabineros Reales se fraccionó en escuadrones o destacamentos según las necesidades de los ejércitos españoles en los que estaba la unidad integrada, combatiendo señaladamente en Uclés (13 de enero de 1809), Ocaña (19 de noviembre de 1809) y La Albuera (16 de mayo de 1811), para quedar de nuevo reunida en 1813 en el Ejército de reserva de Andalucía. Al acabar la guerra, Fernando VII nombró por coronel a su hermano el infante Carlos María Isidro (14 de junio de 1814), aunque a partir del Trienio Liberal (1820-1823), la Brigada desapareció para quedar integrada en otras unidades de la Casa Real.

En cuanto a su vestuario: «*La Brigada de Caravineros se vestirá de paño azul, aforrado en farga colorada, chupas coloradas, todo unido, vuelta colorada en la casaca, un galón de plata al borde de la manga, otro en la cartera, y otro en el fiador de la Vandolera; los sombreros guarnecidos de un galón de plata ancho. Las Mantillas, y Tapafundas (…) serán azules, guarnecidas de un galón de seda blanca; el Cinturón, y la Vandolera blancos, pespuntados en pleno, guantes de ante, corbata negra*».

El armamento de los carabineros consistía en carabina rayada, dos pistolas guarnecidas de latón y una espada, todo material de buena calidad.

G.S.G.

Carabineros reales, 1805
2013
Óleo sobre lienzo, 46 x 55 cm
Colección particular

Este lienzo representa a dos jinetes del Regimiento de Coraceros Españoles, la primera unidad de este tipo que se organizó en nuestro país durante la Guerra de la Independencia. Consideradas como caballería pesada, este tipo de unidades se caracterizaban porque sus jinetes portaban corazas, cascos y sables largos de hoja recta. A pesar de que España tuvo una unidad de coraceros en el siglo XVIII, el Regimiento de Coraceros de la Reina, el excesivo peso de la panoplia de los jinetes, que conllevaba una mayor corpulencia tanto de éstos como de los caballos que montaban, provocó la desaparición de dicha unidad ante las dificultades para conseguir caballeros y monturas adecuados.

El Ejército napoleónico sí supo aprovechar la potencia de choque que proporcionaba este tipo de caballería, granjeándose en batallas como Austerliz (1805), Jena (1806) o Eylau (1807) un aura de invencibilidad que les precedió al entrar en la Península en 1808.

Conocedor de esta fama, el general Reding, tras la acción de Mengíbar que tuvo lugar tres días antes de su triunfo en Bailén, enseñó a sus soldados varias corazas francesas agujereadas por las balas españolas para desmitificar su aparente invulnerabilidad. Está claro que lo consiguió.

El Regimiento de Coraceros Españoles.

Esta unidad fue organizada por el General en Jefe del Primer Ejército, D. Enrique O´Donnell en la villa de Reus, el 24 de mayo de 1810, para aprovechar las prendas tomadas al 3er Regimiento Provisional de Coraceros franceses en la acción de Mollet, en enero del mismo año.

Entre las acciones distinguidas de este Cuerpo se cuenta la del 26 de mayo de 1812, en el puente fortificado de Molins de Rey, donde destruyó una columna de infantería, capturando 200 prisioneros. Al presentarse el general Sarsfield delante de los coraceros para darles las gracias, su comandante dio la voz de: «*Coraceros, ¡Viva el General!*», a lo que contestó éste: «*A vosotros se debe la victoria, vivid vosotros*».

Por reglamento de 1 de junio de 1815, pasó a denominarse Regimiento de Coraceros Españoles, 3º de caballería, dotándosele de cuatro escuadrones de a dos compañías y una de flanqueadores. Según el Estado Militar de 1815 su uniformidad constaba de: «*Casaca sin solapas, encarnada; cuello y vuelta verdes; vivo, forro, chaleco, pantalón y capa blancos; botón plateado*».

En cuanto al óleo hay que destacar que fue uno de los primeros que pintó Ferrer-Dalmau con vistas a experimentar técnicas cromáticas para la imitación de piezas metálicas de grandes dimensiones. La técnica para simular metales sin emplear colores metálicos es bastante compleja y requiere un dominio absoluto de los contrastes de luz entre los puntos de mínima y máxima iluminación. En este sentido, es increíble comprobar cómo unas certeras pinceladas aplicadas de forma estratégica, con colores tan opuestos como el negro de marfil y el blanco de titanio, logran reproducir a la perfección los brillos de las corazas y cascos de estos jinetes.

A.P.F.

Coraceros a caballo
2008
Óleo sobre lienzo, 55 x 46 cm
Colección particular

A principios de 1810, Napoleón Bonaparte autorizó a su hermano José I a viajar a las tierras más meridionales de la Península Ibérica con la utópica ilusión de llegar a un acuerdo con la Junta de Cádiz, y terminar así con una guerra que se prolongaba ya casi dos años sin que se alcanzara a ver su final. Aprovechando lo que vino en denominarse la "Gran Expedición a Andalucía", que duraría cuatro meses (de enero a mayo), se proclamó una amplia amnistía para todos aquellos que finalizaran la lucha y se sometiesen a la autoridad real.

En febrero de 1810 llegaría a la bahía gaditana para observar la perla deseada, Cádiz, la ciudad que llevaba resistiendo un asedio de casi dos meses por parte del mariscal Victor. Como medidas alternativas a un sitio que no tenía visos de éxito, organizaría hasta tres intentos de negociación con las autoridades gaditanas para alcanzar la paz y el sometimiento a la nueva corona. Fracasadas las negociaciones se reanudarían las hostilidades, aprovechando el propio José para realizar algún reconocimiento a las posiciones francesas. Uno de estos reconocimientos, es el que se ha plasmado en este precioso óleo.

En el séquito de militares y civiles que salió del Puerto de Santa María hacia Rota, se pueden ver junto al Rey, el mariscal Victor (sobre caballo tordo y con banda roja), el coronel Gaspard de Clermont-Tonnerre (a la derecha, con chacó rojo) y el consejero André François Miot, conde de Melito (tocado con sombrero de copa). Destacan, de espaldas, dos *chevaux-legers* del Regimiento de la Guardia Real de José I, identificados por sus preciosos uniformes de color verde botella. La escena del lienzo representa el momento en que la comitiva francesa se detiene a la altura del Castillo de Santa Catalina, a media legua del Puerto de Santa María, para observar en la distancia la ciudad de Cádiz. A destacar el tratamiento pictórico del agua sobre la arena del mar.

Pocos días después, José I abandonaba el Puerto de Santa María, camino de Arcos de la Frontera y Ronda. El asedio continuaría durante casi dos años y medio. Se estima que los franceses lanzaron más de 15.500 proyectiles sobre la ciudad, de los que sólo llegaron a impactar dentro de ella algo más de 500. La gracia de los gaditanos se traduciría en famosas coplas, como la famosa: «*con las bombas que tiran los fanfarrones, se hacen las gaditanas tirabuzones*»; o aquella otra: «*Murieron tres mil franceses en la batalla del Cerro, pero han logrado un desquite: que una bomba mate a un perro*». Pero también en burlescos partes de novedades publicados en la prensa local. Como ejemplo basta leer la noticia publicada en *El Conciso* el 15 de marzo de 1811:

«*Lista de las desgracias ocurridas con las granadas: Muertos: un gato, y un perro (o perra según algunos); Heridos: las narices de un ángel de madera que sostenía una lámpara. Contusos: la cama de un Religioso de San Juan de Dios. Extraviados: dicho Religioso, que contra su costumbre fue (inspirado de algún ángel y no el de las narices rotas) a dormir a otra parte*».

A.P.F.

Paz en la guerra
2011
Óleo sobre lienzo, 50 x 100 cm
Colección particular

Esta obra, aunque de reducidas dimensiones, resulta espectacular tanto por la pose dinámica del caballo como por el magnífico colorido del uniforme del lancero. El empleo de colores complementarios, donde uno de ellos predomina sobre el otro (en este caso el azul sobre el amarillo anaranjado), ayuda a realzar el drama y el movimiento de la acción que el autor ha querido representar con esta figura. A pesar de esa vibración y dramatismo, el conjunto resulta armonioso a la vista del espectador, constituyendo por tanto una de las obras más agradables de admirar dentro de las pintadas hasta la fecha por el pintor catalán.

Los Lanceros de Sevilla

El viaje por Andalucía de José I Bonaparte animó la creación de distintas unidades militares josefinas en el sur de España. Una de ellas, sería la fundada en Sevilla, el 4 de octubre de 1810, tomando como base al personal del 7º Regimiento de Lanceros Polacos (conocidos también como «Legión del Vístula») y completada por voluntarios españoles. Esta pequeña unidad se denominaría Lanceros de Sevilla, aunque según otras fuentes también sería conocida, como «Lanceros de Dalmacia», «Lanceros Españoles» o «Lanceros de Aguado», en honor a su fundador y coronel, D. Alejandro María de Aguado.

Si bien debería haber contado con dos escuadrones, los efectivos siempre oscilaron entre 42 y 75 hombres. Estos Lanceros sirvieron en las provincias de Huelva y Sevilla hasta mediados de 1812, pasando posteriormente, después de la caída de Sevilla (27 de agosto) y Andalucía, al centro de España, para finalizar luchando en la batalla de Vitoria en 1813, tras la cual fue disuelto. Entre las acciones más destacadas en las que tomó parte podemos citar en Andalucía, la de Espartinas (Sevilla), y Niebla y Cartaya (ambas en Huelva); en Salamanca, la de Matilla (Matilla de los Caños del Río) y San Muñoz; y en Toledo, la de Añover de Tajo.

En cuanto al llamativo uniforme, algunas fuentes especifican a este respecto que cuando se fundaron en Sevilla iban vestidos «*al modo de los polacos*». No obstante, el artista, además de basarse en la abundante documentación existente sobre la uniformología de las unidades de lanceros polacos napoleónicos, ha tenido en cuenta para representar la vestimenta del jinete el retrato de *Alejandro Aguado, Marqués de las Marismas y Vizconde de Monterrico* existente en el Museo Romántico de Madrid (Ref. 97536). En el mismo se puede observar tras el personaje en cuestión una silla sobre la que están colgados una chaquetilla azul turquí, con divisa de color amarillo ante, y unos correajes y espada, en los que las similitudes con los usados por los de la «Legión del Vístula» son evidentes. Junto a la silla, un ayudante de cámara del marqués, porta un *colback* de color marrón oscuro con la manga de color amarillo ante, borla de hilo de plata y plumero blanco.

A.P.F.

LANCERO DE SEVILLA
2010
Óleo sobre lienzo, 33 x 40 cm
Colección particular

Miguel Ricardo de Álava Esquivel (1772-1843) era originario de Vitoria y sentó plaza como cadete en el Regimiento de Infantería Sevilla con apenas 13 años. En 1790 ingresaría como guardiamarina en la Armada, tomando parte en los combates de Finisterre y Trafalgar (1805). Al inicio de la Guerra de la Independencia era diputado del común de Vitoria, si bien se incorporó enseguida al ejército para servir a las órdenes del general Francisco Javier Castaños, artífice de la victoria española en la batalla de Bailén. Se le puso al mando del Regimiento de Órdenes Militares, con el empleo de teniente coronel. Después de participar en varios combates y de cumplir algunos encargos como oficial de enlace, en 1810 recibió instrucciones de permanecer en Portugal en calidad de adjunto al Estado Mayor del Ejército anglo-portugués. La relación que mantuvo con Sir Arthur Wellesley, duque de Wellington, fue muy amistosa, ganándose el aprecio del resto de oficiales británicos gracias a su don de idiomas y su carácter honrado. Álava fue el encargado de dirigir el asedio de Ciudad Rodrigo, que cayó en manos aliadas en enero de 1812, acción por la que fue ascendido a mariscal de campo. La campaña de 1812, iniciada con excelentes auspicios tras la batalla de los Arapiles y la recuperación de Madrid, acabó desastrosamente para los aliados, que tuvieron que regresar a la frontera portuguesa. A finales de octubre, Álava recibió un disparo en la ingle cuando estaba recibiendo la espada de un oficial francés que se había rendido. Sin embargo, tomó parte en la campaña de 1813, la que sería decisiva para expulsar de la Península a José Bonaparte.

El ejército francés, al mando del mismo José, presentó batalla a las fuerzas aliadas en Vitoria el 21 de junio de 1813. Tras un duro enfrentamiento y perder cerca de 10.000, los imperiales emprendieron la retirada hacia la frontera francesa, momento en el cual el mariscal Álava, conocedor de la avidez y espíritu de rapiña de los soldados que conformaban el ejército británico, solicitó a Wellington un escuadrón de caballería para adelantarse hacia Vitoria y evitar su saqueo. Recibido por sus vecinos, Álava les pidió que se recluyeran en sus casas y ordenó cerrar las puertas de la ciudad. Esta meritoria acción sería correspondida por el Ayuntamiento de Vitoria con el regalo de una espada toledana. En el lienzo vemos al mariscal a caballo (segundo por la izquierda) al frente del 15º de Húsares británico, con el puente romano de Trespuentes a su espalda y dirigiéndose hacia Vitoria.

Miguel de Álava continuaría al lado de Wellington en la campaña del sur de Francia, si bien, tras el regreso de Fernando VII sería encarcelado por una serie de delitos políticos, dada su condición de liberal. Libre sin cargos, fue ascendido a teniente general y volvió al lado de Wellington para tomar parte en la batalla de Waterloo (19 de junio de 1815), la última derrota de Napoleón. Posteriormente ocuparía en distintos periodos los cargos de embajador en Francia y en el Reino Unido, presidente de las Cortes (1822) y presidente del Consejo de Ministros (1835).

G.S.G.

El General Álava
2013
Óleo sobre lienzo, 50 x 100 cm
Colección particular

La batalla de San Marcial fue la última gran batalla que se desarrolló en territorio español durante la Guerra de la Independencia. Para conmemorar el segundo centenario de la misma, Augusto Ferrer-Dalmau pintó este espectacular lienzo.

La escena recrea uno de los momentos álgidos del enfrentamiento que tuvo lugar, el 31 de agosto de 1813, en las cercanías de la ciudad guipuzcoana de Irún, entre un ejército francés y uno aliado formado por soldados españoles, portugueses y británicos. El combate principal se desarrollaría en la orilla izquierda del río Bidasoa justo enfrente del monte Aldabe, conocido por los iruneses como San Marcial por la ermita del mismo nombre que corona su cima.

Los franceses, bajo el mando del mariscal Soult, pasaron el río Bidasoa y se enfrentaron a las tropas aliadas en un intento de forzar el sitio que sufría la ciudad de San Sebastián, todavía ocupada por sus fuerzas. En el centro de la línea aliada se encontraba desplegado el 4º Ejército español del teniente general Manuel Freire. Soult, pensando quizás que los españoles serían más fáciles de derrotar, ordenó atacar las posiciones ocupadas por ellos. El peso de la acción lo sufrirían tres divisiones españolas compuestas mayoritariamente por soldados asturianos, cántabros, leoneses y gallegos. En los momentos finales de la batalla recibirían el apoyo de los voluntarios guipuzcoanos.

El cuadro

Dada la amplitud del campo de batalla, el pintor prefirió mostrar al espectador un primer plano que pusiera de manifiesto la crudeza del combate, incluyendo como elemento identificador del lugar donde se desarrolló éste, la silueta del monte San Marcial. En lo alto, entre las nubes de humo producido por el fuego de los mosquetes y de la artillería, se puede distinguir la silueta de la ermita que da nombre al monte.

Como en otras composiciones similares del autor, la profundidad de la escena se consigue mediante la disposición de las tropas en una diagonal que se pierde en la lejanía. Así, en primer plano pueden apreciarse los infantes pertenecientes a los regimientos 1º Cántabro y 1º de Asturias. Marchando junto a ellos, dos oficiales superiores a caballo, entre los que se distingue al coronel jefe de una de las unidades. En el centro de la escena una bandera española con la omnipresente cruz roja de San Andrés bordada sobre el tafetán blanco.

En cuanto a la indumentaria y armamento de los soldados, en los últimos años de la guerra, el Ejército español recibiría multitud de prendas, complementos y fusiles fabricados en Inglaterra. Este es un extremo que queda reflejado por las casacas azules de procedencia inglesa que visten la mayoría de los infantes, así como por los fusiles ingleses Brown Bess con los que fueron dotados la mayor parte de los soldados del 4º Ejército.

Aunque todo el cuadro está lleno de pequeñas escenas donde la muerte y el sufrimiento se muestran de forma explícita, no por ello deja de impresionar la figura inerte y sin vida del joven tambor caído junto al cañón. Una prueba más que nos muestra como el artista no rehúye mostrar la guerra tal y como es.

A.P.F.

La batalla de San Marcial
2013
Óleo sobre lienzo, 160 x 180 cm
Colección Particular

El primer tercio del siglo XIX fue uno de los periodos más convulsos de la historia de España. La resistencia contra Napoleón desencadenó en el campo político una revolución que pretendió dar por zanjado el Antiguo Régimen y puso en marcha una España constitucionalista y liberal. Todo se vino abajo con el regreso de Fernando VII y la imposición de las ideas contrarrevolucionarias que imperaban por entonces en Europa. Los liberales, apartados del poder y perseguidos por la monarquía, sólo pudieron recurrir al pronunciamiento para tratar de derrocar el gobierno e imponer sus criterios. Así, tras la sublevación de parte del ejército en Cabezas de San Juan, los liberales accedieron al poder durante el llamado Trienio Liberal o Constitucional (1820-1823), a su vez derribado por las fuerzas reaccionarias con la intervención de un ejército francés al que se conoció como los "Cien Mil Hijos de San Luis". Fernando VII persiguió encarnizadamente a los liberales durante la siguiente década, si bien, a partir de 1830, con el fin de asegurar el trono en manos de su hija Isabel, trató de ganarlos a su causa. Las fuerzas reaccionarias se aglutinaron en torno a la figura de Carlos María Isidro, hermano de Fernando VII, quien quería mantener la Ley Sálica y pasar a convertirse en el rey de la monarquía. Muerto Fernando VII, Isabel II fue proclamada reina bajo la regencia de su madre, María Cristina, y Carlos mantuvo sus derechos al trono desatando la Primera Guerra Carlista (1833-1840).

Uno de los oficiales que apoyaron la causa de Isabel II fue el brigadier José María Colubí y Gumila (1785-1853). Colubí nació en Mahón y con 19 años ingresó como cadete en el regimiento irlandés Ultonia, el cual se señaló de forma excepcional en el sitio de Gerona durante la Guerra de la Independencia. Durante el Trienio Liberal fue gobernador de la Ciudadela de Barcelona y luchó contra las partidas absolutistas que querían reponer la autoridad de Fernando VII. Tras la derrota de los liberales, Colubí tuvo que marchar al exilio como otros muchos españoles, regresando hacia 1830 para ponerse a las órdenes del general Manuel Llauder, quien ocupó los cargos de capitán general de Aragón (1830), virrey de Navarra (1830-1832) y capitán general de Cataluña (1832-1835). En 1834, el brigadier Colubí era el gobernador militar del distrito de Tortosa y se le dio la orden de pacificar completamente el territorio al sur del Ebro. La noche de Navidad sorprendió la partida de Antonio Vallés, causándole muchas bajas y capturando 27 carlistas, entre ellos, al mismo Vallés, que fue fusilado en Tortosa antes de acabar el año. El 23 de febrero de 1835, fue nombrado gobernador militar de Tarragona, si bien tuvo que exiliarse de nuevo tras los sucesos revolucionarios que se produjeron en varias poblaciones catalanas. Regresó para pasar destinado a la Capitanía General de Castilla la Vieja y más tarde se le nombró fiscal en el juicio que se llevó a cabo para dirimir responsabilidades por la pérdida de Morella en 1838. Ascendido a mariscal de campo, en 1839 se encontraba en la Capitanía General de las Islas Baleares, cuyo mando ocupó de forma interina hasta en tres ocasiones.

G.S.G.

El Brigadier Colubí
2012
Óleo sobre lienzo, 40 x 33 cm
Colección Particular

El Regimiento de Artillería de Campaña nº 20 (RACA 20), de guarnición en Zaragoza, es la unidad del Arma que ostenta en su bandera mayor número de Laureadas colectivas (4), la más alta distinción militar española. La Brigada de Campaña del Tercer Departamento (antecesor del RACA 20) recibió su primera Cruz de la Real Orden de San Fernando, como Laureada Colectiva, con motivo de los sucesos ocurridos en Zaragoza el 4 y 5 de marzo de 1838, durante la Primera Guerra Carlista. En el lienzo se ha plasmado el momento en el que algunos artilleros de esta unidad cargan impetuosamente por las calles de la capital maña contra las tropas carlistas que intentaban tomar la ciudad, con la Puerta del Carmen al fondo.

La segunda Cruz Laureada Colectiva le fue concedida por su defensa del gobierno moderado ante la sublevación de los generales O'Donnell y Dulce en la batalla acaecida el 30 de junio de 1854 en el pueblo madrileño de Vicálvaro. La escena [ver página 44] representa el momento en el que los Lanceros del Regimiento Farnesio cargan contra una de las baterías de artillería de la 3ª Brigada Montada –nombre que recibió entre los años 1843 y 1859 el RACA 20– y llegan hasta la boca de las piezas. El historial de esta unidad, que siguió en esta ocasión el partido gubernamental, dice al respecto de la acción: «*La caballería enemiga cargó diferentes veces contra la primera batería que mandaba el Cap. Berroeta, llegando en una de ellas hasta las mismas bocas de las piezas. Los artilleros inmóviles en sus puestos vieron llegar los escuadrones y ya encima, los recibieron con una descarga de metralla que aumentada con el nutrido fuego de la infantería formada en cuadros los desordenó dejando en su retirada sembrado el suelo de hombres y caballos*».

La tercera Laureada de este unidad le fue concedida por su comportamiento durante los sucesos revolucionarios de julio de 1856 en Madrid. La escena [ver página 45] se sitúa en la confluencia de la calle de Alcalá con la desaparecida calle de San Miguel, en cuyo solar se inauguraría en enero de 1911 el edificio Metrópoli, inmueble característico que marca el inicio de la Gran Vía. Una de las baterías de cañones gubernamentales con sus artilleros y dos oficiales abre fuego: mientras el alférez con el sable en alto ordena la descarga, otro oficial permanece a caballo. Este último se trata del capitán Francisco Bermúdez de Castro, como sus dos charreteras doradas identifican. Las disputas políticas entre miembros del gobierno habían provocado la dimisión del presidente del Consejo de Ministros, Baldomero Espartero, el 14 de julio de 1856. Una Gaceta extraordinaria anunció al público el nuevo Gobierno nombrado por O´Donnell, provocando gran malestar entre los progresistas afectos al gobierno caído, que indujeron a varios batallones de la Milicia Nacional a sublevarse y ocupar distintas zonas de Madrid. La capital se lleno de barricadas y los tiroteos, que fueron esporádicos durante la noche, degeneraron en combate abierto el día 15 de julio. Tras varias horas de combate, los soldados de la milicia, faltos de munición, se rindieron.

G.S.G.

La Cincomarzada
2011
Óleo sobre lienzo, 55 x 46 cm
Asociación de Amigos del RACA 20

La Vicalvarada
2009
Óleo sobre lienzo, 46 x 55 cm
Asociación de Amigos del RACA 20

Capitán Bermúdez de Castro
2009
Óleo sobre lienzo, 46 x 55 cm
Asociación de Amigos del RACA 20

El protagonista indiscutible de esta pintura es el conocido popularmente como *El Tigre del Maestrazgo*, D. Ramón Cabrera y Griñó (1806-1877). Sin duda, y a pesar de que no era un militar de carrera –cursó estudios eclesiásticos–, sus extraordinarias dotes organizativas y militares le convirtieron en uno de los más reputados generales carlistas de la primera carlinada. De hecho, tras el Abrazo de Vergara (1839), convenio que pondría fin a la guerra en el Norte de España, siguió luchando durante casi un año contra todo el Ejército isabelino.

Para realzar ese protagonismo, el pintor se ha encargado de situar al general en una posición central a lomos de su caballo blanco, haciendo con ello que todas las miradas del observador se dirijan hacia él.

Como en otros casos, una minuciosa investigación uniformológica y vexilológica ha contribuido a que los pinceles den vida no sólo a algunos de los uniformes más vistosos y representativos de las tropas de Cabrera durante la Primera Guerra Carlista, sino también a alguna de las banderas que ondearon sus unidades. Así mismo, la documentación relativa a la ambientación ha resultado determinante. Las fotografías actuales del lugar, unidas a grabados de la época y el asesoramiento aportado por expertos en la historia de Morella, han permitido recrear una excelente estampa de la ciudadela del Maestrazgo castellonés, tal y como era cuando Cabrera la tomó en 1838.

De este modo, podemos observar junto al general, además de algunos oficiales de su Estado Mayor, dos ordenanzas que aparecen tras él. Estos soldados de élite pertenecían a una pequeña unidad de 100 jinetes formada con los mejores tiradores de la caballería del Maestrazgo. Su cometido principal era proporcionar escolta y protección a Cabrera y a su Estado Mayor, y llevar los pliegos y comunicados en el campo de batalla. Podemos identificar a éstos por su vistoso uniforme compuesto de chaqueta roja con alamares verdes, pantalones azules con banda roja, y boina verde. Uno de ellos porta la bandera del Ejército del Maestrazgo.

En primer plano, delante de estos dos jinetes, aparecen un fusilero y un tambor pertenecientes a los Batallones de Tortosa, tropas de absoluta confianza de Cabrera, ya que las había mandado personalmente. Visten capote azul, pantalones blancos, alpargatas y boina blanca como prenda de cabeza.

A la derecha del cuadro, en primer plano, aparece un capellán, un infante perteneciente a los Batallones aragoneses y, de espaldas, un jinete perteneciente a la compañía de tiradores del Regimiento de Lanceros de Tortosa. Éste último, que monta a lomos de un precioso caballo tordo, queda identificado por su casaca amarilla y por la boina azul.

En la parte izquierda, desfilando ante Cabrera, los hombres de alguno de los mencionados Batallones aragoneses marchan delante de los jinetes del Regimiento de Lanceros de Tortosa. Esta unidad vestía con un uniforme distinto al de la mencionada compañía de tiradores, en este caso con pantalones grises con galón amarillo, casaca azul y boina blanca.

A.P.F.

Cabrera ante Morella
2008
Óleo sobre lienzo, 81 x 100 cm
Colección particular

Impresionante cuadro, donde el artista pone de manifiesto sus excepcionales dotes para representar paisajes. En el mismo se muestra a una de las unidades de caballería ligera gubernamentales durante la Primera Guerra Carlista. En concreto se trata de dos jinetes pertenecientes al Regimiento de Castilla, 1º de Ligeros.

Al igual que ocurrió con la caballería de línea, los regimientos ligeros sufrieron un cambio en su uniformidad y armamento a partir de 1835. Desde esa fecha, todos los regimientos del Ejército liberal, ligeros y de línea, fueron convertidos en lanceros. El éxito de este tipo de unidades durante las guerras napoleónicas, impulsaría a que los principales ejércitos europeos dotasen de este arma a algunos de sus regimientos.

Al comenzar la guerra en 1833 sólo había en España un regimiento de este tipo, el de la Guardia Real. A pesar de ello, y para intentar contrarrestar la creciente fama de imbatibilidad que estaban alcanzando las unidades de lanceros carlistas en los primeros enfrentamientos con las tropas isabelinas, se adoptó la lanza por parte de los liberales de manera masiva. De este modo y aunque se fabricó una pequeña serie en 1834, no fue hasta el año siguiente cuando se diseñó el nuevo modelo con el que se dotó al ejército. Aunque pueda parecer raro, esta esbelta y mortífera arma de casi tres metros de longitud, nunca fue autorizada de forma oficial. Eso no fue óbice para que la primera contienda carlista fuera considerada, desde el punto de vista de la caballería, como la guerra de los lanceros.

Regimiento de Castilla, 1º de Ligeros

El uniforme de la tropa quedó constituido por una casaquilla verde botella sin solapa, abrochada por una fila de diez botones blancos de cabeza de turco con la cifra del regimiento grabada en su centro. En lugar de charreteras usaban dragonas de metal dorado. El pantalón de gala era grancé con una tira ancha del mismo color que la casaquilla. Para montar se usaba otro pantalón del mismo color con cuchillos y sobrebota de cuero, sin tira a los lados. El chacó o morrión era de copa y visera de baqueta negra, siendo más ancho en su parte superior. En campaña se solía llevar protegido con una funda de hule negro.

Para proteger el caballo de la silla se usaba una mantilla de tela verde botella, galoneada en amarillo, y acabada en punta. Sobre ella se colocaba el *chabraque* de piel de carnero blanco, festoneado en color amarillo.

Como armamento, completaba la mencionada lanza, el sable para caballería ligera modelo 1822. Un arma de corte clásico con hoja curva, filo corrido al exterior y filo en punta al interior, ideal para alcanzar con la punta a un infante enemigo extendiendo el brazo.

A.P.F.

REGIMIENTO DE CASTILLA, 1º DE LIGEROS
2008
Óleo sobre lienzo, 55 x 46 cm
Colección particular

Este óleo representa una carga del Regimiento Farnesio, 2º de Lanceros, protagonizada por un único jinete, ya que sus compañeros tan sólo quedan insinuados mediante una serie de sombras esbozadas tras él. Está ambientada durante la conocida por algunos historiadores como Segunda Guerra Carlista (1846-1849); otros la denominan, sin embargo, Guerra de los *Matiners*, ya que inicialmente sólo se desarrolló en Cataluña.

Este lancero viste según el Reglamento de uniformidad de 1849, del que se extrae el siguiente resumen: «*Casaca celeste con cuello, barras y hombreras, amarillo; cuello del capote, franja del pantalón (...), amarillo dorado; forrajera amarillo dorada; chapska de paño gris azul con llorón blanco y pompón amarillo dorado*».

El Regimiento de Caballería Farnesio

El Regimiento Farnesio fue creado en 1649, en el ducado de Flandes, con el nombre de Tercio de Caballería de Hersemburgo, en honor a su fundador, el príncipe de Hessen-Homburg. En 1710, pasaría a la Península por orden de Felipe V, quedando acuartelado en Barcelona tras la Guerra de Sucesión. En 1718 recibiría la denominación de «Farnesio». Tras sufrir casi dos decenas de cambios de guarnición en diferentes provincias españolas, se ubicaría definitivamente en Valladolid en 1902, donde aún permanece acuartelada.

Desde el día 1 de enero de 2010, el Regimiento ha cambiado de denominación, llamándose Regimiento de Caballería de Reconocimiento Farnesio nº 12 y pasando a formar parte del Mando de Fuerzas Pesadas. Este regimiento ha participado, desde su creación, en las campañas más importantes en las que ha tomado parte el Ejército español, incluidas las últimas misiones auspiciadas bajo mandato de la ONU o de la OTAN. Así, en países como Bosnia-Herzegovina, Kosovo, Líbano, Irak o Afganistán, este regimiento ha desplegado diferentes escuadrones ligeros.

Entre las recompensas y distinciones que ostenta su bandera hay que citar las Cruces de Distinción de las batallas del Puente de Alcolea, Mengíbar, Bailén y Almonacid, durante la Guerra de la Independencia, y cinco Medallas Militares Colectivas ganadas por algunos de sus escuadrones durante la última guerra civil.

Como anécdota curiosa, mencionar que el malogrado Zar Nicolás II fue nombrado Coronel Honorario de esta unidad en enero de 1908. Entre los presentes que el Zar de todas las Rusias entregó al entonces Regimiento Farnesio, 5º de Caballería, se encontraba *La Charoska*. Se trata de un recipiente de plata, ricamente adornado, con el cual se realiza hoy en día la ceremonia de la *Charoshka*, un rito de recepción a los nuevos oficiales del regimiento. En dicho ceremonial, el recién llegado se sienta en una silla de montar rodeado de todos sus compañeros, mientras bebe el contenido de la histórica vasija (bastante fuerte, por lo que cuentan).

A.P.F.

El salto del Farnesio
2009
Óleo sobre lienzo, 87 x 78 cm
Colección particular

Con este lienzo, Ferrer-Dalmau ha querido rendir homenaje a la primera gran victoria española de la Guerra de África (1859-1860), la batalla de los Castillejos. En esta gran escena destaca en el centro la comitiva encabezada por uno de los héroes de dicha guerra, el teniente general Juan Prim y Prats, quien, seguido de un oficial perteneciente a los Húsares de la Princesa, y un oficial y corneta de los Lanceros de Farnesio, transita entre soldados de las dos unidades. Podemos observar cómo, mientras los lanceros realizan las evoluciones para formar en orden de batalla, el autor ha querido dar protagonismo a las consecuencias, en forma de heridos y muertos, de una de las cargas de caballería más dramáticas y valerosas de la historia militar española: la llevada a cabo el 1 de enero de 1860 por los escuadrones 1º y 4º del Regimiento de Húsares de la Princesa, durante las primeras fases de la batalla.

En la misma, algo más de doscientos caballos dirigidos por el coronel García Tasara cargaron persiguiendo a la caballería mora a través de un barranco lleno de enemigos que les disparaban desde las laderas escarpadas y cubiertas de bosque espeso. La carga llegaría hasta el mismísimo campamento de Muley el Abbas, hermano del Sultán de Marruecos y Comandante en Jefe del ejército marroquí. En la lucha que tuvo lugar alrededor de las tiendas del real, el cabo Pedro Mur Escalona arrebató a un portaestandarte enemigo, tras darle muerte de un sablazo, la bandera que portaba, siendo recompensado por esta acción con la Cruz Laureada de San Fernando.

Desde otro punto de vista, el lienzo constituye un esmeradísimo estudio de uniformología, en el que hasta los más mínimos detalles de uniformes, complementos y armamento están representados. Para ello, el artista se ha basado en lo dispuesto en el Reglamento de Uniformidad para los Cuerpos del Arma de Caballería, aprobado por Real Orden de 24 de noviembre de 1856.

Juan Prim y Prats (1814-1870)

Nacido en Reus en 1814, comenzó su carrera militar como simple soldado en febrero de 1834. Cinco años después, y gracias a su extraordinario valor, había alcanzado el grado de coronel con sólo veinticuatro años, y ostentaba orgulloso sobre su uniforme dos Cruces Laureadas de San Fernando. Consiguió su faja de general con veintiocho, logrando su cuarta Laureada en marzo de 1854. Centrándonos en la Campaña de Marruecos, su participación resultó decisiva en las últimas fases de los Castillejos, así como en las batallas de Tetuán y Wad-Ras . La Reina recompensaría su comportamiento en todas ellas con el marquesado de Castillejos con Grandeza de España.

Tras una vida dedicada a la milicia y a la política sería elegido presidente del Consejo de Ministros, ministro de la Guerra y capitán general de los Ejércitos. El 27 de diciembre de 1870, cuando se dirigía a su residencia del Palacio de Buenavista de Madrid, sufriría un atentado en la calle del Turco (actual Marqués de Cubas). La infección producida por las heridas le provocaría la muerte tres días después.

A.P.F.

CASTILLEJOS
2009
Óleo sobre lienzo, 50 x 100 cm
Colección particular

Lienzo eminentemente paisajístico, donde dos Cazadores del Regimiento Lusitania situados sobre la cima pedregosa del Monte Ubayo parecen observar los caminos que se dirigen a Nador, población al sur de Melilla que se insinúa tímidamente a la derecha del cuadro. Sobre ellos se distingue claramente la pequeña península del Atalayón y parte de la Mar Chica, pequeña laguna de agua salada que se encuentra separada del mar Mediterráneo por dos estrechas franjas arenosas (en realidad está conectado a éste por una pequeña bocana de 120 metros de anchura).

En primer plano podemos ver a un oficial de este regimiento, tras el que se sitúa un cabo. Ambos visten el característico uniforme de rayadillo peninsular. Este uniforme se emplearía en África como vestimenta de faena para verano desde 1893 hasta la introducción de los nuevos uniformes de color caqui verdoso en mayo de 1914. Estaba fabricado con tela de lienzo crudo y estampado con rayas azules verticales. Se cubren con dos *salacots* ingleses del tipo «*Wolsely*», con funda caqui. A este respecto, una vez comenzada la Campaña de Marruecos de 1909 y ante los graves inconvenientes que ocasionaba el empleo del ros como prenda de cabeza en un clima tan árido, el propio Alfonso XIII realizó gestiones directas con las autoridades británicas, encaminadas a adquirir de forma apresurada una gran partida de estos capacetes; adquisición que se realizó en Gibraltar, en septiembre de ese mismo año.

El Regimiento de Cazadores de Lusitania

Sobre la creación de esta unidad de caballería española, en su Historial consta lo siguiente:

«*Con fecha 21 de diciembre de 1709, el Rey Felipe V, admitió la propuesta hecha por el Conde de Pezuela de las Torres, de levantar un Regimiento de Caballería sobre el pie de Dragones, compuesto de tres Escuadrones cada uno de tres Compañías, despachándosele el título de Coronel de dicho Regimiento; dándole su nombre según costumbre de la época*».

En 1718 cambió su denominación inicial –Regimiento de Dragones Pezuela nº 20–, por el de Regimiento de Dragones Lusitania nº 10. Esta unidad tiene el sobrenombre de «Dragones de la Muerte», por usar como distintivo en las bocamangas de las casacas tres calaveras cruzadas con huesos humanos y la divisa negra como recuerdo de haber sucumbido casi totalmente en la batalla de Madona del Olmo (1744). A partir de noviembre de 1902, se usaría como emblema de esta unidad una calavera con dos tibias cruzadas de metal (aunque no se distingue en el cuadro, es el que porta el oficial en su cuello, sobre parche de color negro).

A lo largo de sus más de trescientos años de historia, el regimiento ha participado en los principales conflictos en los que se ha visto envuelta España. En referencia a la Campaña de Melilla de 1909, se desplazó un escuadrón a Marruecos tomando parte en el combate del Gurugú, rechazando al enemigo en Hidun, sosteniendo el fuego pie a tierra en Taxdir, capturando la Alcazaba de Zeluán y combatiendo en Beni-Bu-Ifruf, Nador y Ulad-Setub. En 1910, regresó a la Península.

A.P.F.

En el Monte Ubayo. Cazadores de Lusitania. 1910
2010
Óleo sobre lienzo, 46 x 81 cm
Asociación Retógenes Amigos de la Historia Militar

Con este bucólico lienzo paisajístico, el pintor barcelonés ha logrado recrear de manera sorprendente el puerto de su ciudad natal a principios del siglo XX.

El espectador logra identificar rápidamente dicho puerto gracias a los inconfundibles trazos que definen el edificio de la Aduana. Esta edificación fue construida entre en 1896 y 1902 por los arquitectos barceloneses Enric Sagnier i Villavecchia (1858-1931) y Pere Garcia i Fària (1858-1927), situándose delante del Port Vell, el antiguo puerto de mercancías de la ciudad.

El otro elemento que ayuda a reconocer la Ciudad Condal es la característica silueta de la montaña de Montjuich, esbozada tras la aduana y en cuya cima se atisba tímidamente una parte de su emblemática fortaleza construida en 1751 por el ingeniero militar Juan Martín Cermeño. En referencia a la etimología de Montjuich, la más aceptada es la que supuestamente proviene del catalán medieval y significa: «*Monte de los judíos*»; confirmada documental y arqueológicamente por el cementerio judío encontrado en dicha montaña.

Con respecto a los personajes que dan vida a tan magnífico escenario, el autor ha representado una escena cuartelera cotidiana, donde dos oficiales pertenecientes a los Cuerpos de Intendencia e Intervención parecen intercambiar impresiones, mientras varios soldados realizan labores logísticas en el mencionado puerto. Estos dos Cuerpos fueron creados a partir del Cuerpo de Administración Militar en 1911 por un Decreto de 31 de agosto, en el que además de establecer sus plantillas y reglas de funcionamiento se fijaban los empleos y divisas de sus miembros. Ateniéndonos a lo dispuesto en el mismo, identificamos de frente a un Comisario de Guerra de 2ª clase (asimilado a comandante) por la estrella de ocho puntas de plata que se aprecia en su puño derecho. Un detalle curioso es la placa (en realidad era de tela) de la Cruz de Santiago que porta sobre su pecho y que lo distingue como Caballero de dicha Orden. En cuanto al intendente que charla con éste, no podemos asegurar su grado al no mostrarse las divisas, pero podría tratarse de un Subintendente de 2ª o un Mayor (asimilados a teniente coronel o comandante respectivamente).

Para finalizar, y en lo que respecta a la técnica pictórica, hay que destacar el admirable dominio de la luz que demuestra el artista. En esta ocasión, para situar la acción al atardecer de un día lluvioso, ha jugado tanto con las sombras proyectadas en los charcos del suelo adoquinado, como con los reflejos producidos por los últimos rayos solares del día, que pueden apreciarse claramente en los palos de los veleros atracados en el muelle.

Como anécdota curiosa, y al igual que ocurre en otros muchos cuadros pintados por Augusto Ferrer-Dalmau, el propietario de esta magnífica obra se ha convertido en protagonista de la misma, al quedar retratado vistiendo un uniforme militar. En este caso concreto el de Comisario de Guerra de 2ª clase.

A.P.F.

Interventor en el puerto de Barcelona
2009
Óleo sobre lienzo, 50 x 100 cm
Colección Juan José Dolado Esteban

Sesenta años después del desmoronamiento de la Comandancia de Melilla un joven capitán español participaba junto a su compañía en unas jornadas de confraternización con el 1er Regimiento de Húsares Paracaidistas del Ejército francés. En el acto de clausura, el capitán español expresó su admiración hacia dicha unidad repasando sus principales hechos de armas a lo largo de su historia. Sin embargo, las primeras palabras del coronel jefe del regimiento fueran breves y concisas: «*La más destacable hazaña de un regimiento de Caballería europeo la tienen ustedes: el que desapareció protegiendo la retirada de sus soldados en Marruecos*».

El propio capitán confesaría más tarde que poseía «*una muy vaga idea de lo que apuntaba aquel versado oficial*». Picado en su orgullo, al regresar a España, estudiaría en detalle la historia del Regimiento de Caballería Alcántara en aquellos aciagos días de finales de julio de 1921, comprobando que a pesar de haber combatido heroicamente y sufrir más del 90% de bajas, inexplicablemente, y pese al informe positivo del juicio contradictorio concluido en 1934, no había sido acreedor de la máxima condecoración española.

Casi treinta años después, el destino le volvió a unir con la memoria de aquellos heroicos jinetes españoles. En 2008, al ser nombrado Comandante General de Melilla, entre las unidades bajo su mando estaría el Alcántara. De nuevo otro coronel, esta vez español, le transmitiría el pesar de la unidad por la "Laureada debida". Sus gestiones, unidas al apoyo de muchas otras personas, se materializarían el 1 de junio de 2012 con la publicación del Decreto 905/2012 (BOE nº 132) por el que se concedía la Cruz Laureada de San Fernando, como Laureada Colectiva, al Regimiento de Cazadores de Alcántara, 14º de Caballería.

No entraré en estas líneas a describir los hechos protagonizados por aquellos soldados –muchos son los libros, publicaciones y foros que lo hacen con todo detalle–, pero si me gustaría recordar que noventa y un años después, los mandatarios españoles hicieron justicia con aquellos hombres que decidieron sacrificarse para salvar a sus compañeros haciendo honor al uniforme que vestían. Lástima que ninguno de ellos esté vivo para recibir este histórico desagravio. El último de estos valientes, el soldado Rafael Miguel Chaves Chaves, fallecería en 1997 a la edad de 98 años.

En cuanto al cuadro propiamente dicho decir que Augusto Ferrer-Dalmau ha sido uno de los más firmes defensores del reconocimiento público a esta unidad. Y para ello, la mejor manera de hacerlo ha sido a través del medio que más conoce, sus lienzos y pinceles. De hecho, éste es el sexto de la serie de siete cuadros que hasta la fecha ha dedicado a este regimiento.

A pesar de tratarse de una escena estática, una observación minuciosa de la misma nos hará vislumbrar cómo la conjunción de las cuidadas poses y expresiones de sus protagonistas, junto a la atmósfera que rodea a los mismos, es capaz de destilar de manera asombrosa tanto el estado de ánimo del jinete como el cansancio extremo de su montura, logrando transmitirnos multitud de emociones acerca de lo que debieron sentir aquellos valerosos soldados en una situación tan extrema.

A.P.F.

El deber cumplido
Augusto Ferrer-Dalmau, 2012
Óleo sobre lienzo, 55 x 46 cm
Academia de Caballería del Ejército

En 1912, tras la organización del Protectorado francés en Marruecos, el gobierno español firmó un acuerdo con la República francesa para hacerse cargo de la administración de los territorios que estaban dentro de su zona de influencia, en el especial la región montañosa del Rif. El Protectorado español estaba sometido a la autoridad civil y religiosa del Sultán de Marruecos, quién designaba, de una lista de dos candidatos presentados por el gobierno español, a un Jalifa que debía residir habitualmente en Tetuán. Sin embargo, los actos de la autoridad marroquí en las zonas de influencia española eran intervenidos por un Alto Comisario español, único intermediario en las relaciones con el Jalifa y delegado de la autoridad del Sultán en el protectorado. Una de las primeras acciones del Alto Comisario en Marruecos fue dotar y poner a las órdenes del Jalifa unas tropas indígenas que pudieran convertirse en el embrión de un futuro Ejército marroquí. Así, en 1914, se creó la Mehal-la Jalifiana, que no era tan sólo una escolta militar del Jalifa, sino que fue también una unidad de combate que tomará parte en la guerra contra la insurgencia rifeña y en las operaciones de pacificación del protectorado tras el desastre de Annual (1921).

La Mehal-la fue instruida y estaba mandada por oficiales españoles. A finales de 1915 existían cuatro compañías (llamadas *mias*) de infantería y dos de caballería, más una sección de artillería de montaña que sería más tarde disuelta. Las *mias* de caballería tenían 75 soldados (*askaris*) y mientras los oficiales llevaban como prenda de cabeza una gorra de plato, la tropa lucía el típico turbante rojo (*chechia*) que aún hoy llevan numerosos pueblos magrebíes.

El teniente de caballería Luis Palao Martialay fue destinado a la Mehal-la de Tetuán con tan sólo 22 años, haciéndose cargo de una *mia* de caballería en mayo de 1925. El 10 de junio de ese año se le había ordenado desalojar con 80 hombres a los enemigos que interceptaban las comunicaciones de los blocaos próximos a Ben Karrich, al sur de Tetuán. Según su Hoja de Servicios: «*atacada violentamente la escuadra de vanguardia por numeroso enemigo que se encontraba bien parapetado y a muy corta distancia, titubeando un momento la fuerza por la gran superioridad y eficacia del fuego del enemigo, avanzando este oficial resueltamente y con absoluto desprecio del peligro al frente de su Mia, obligándola a adoptar sus puestos de combate con su enérgica actitud y alto ejemplo de valor, consiguiendo hacerla reaccionar y entablando cruentísimo combate, tanto para repeler la agresión como para recoger la bajas habidas en la primera descarga, hasta que halló gloriosa muerte*».

En el cuadro vemos al teniente Palao cargando al frente de sus hombres antes de ser abatido por los disparos rifeños junto a 40 de los suyos. Fue tan intenso el fuego que el cuerpo del oficial sólo pudo ser recuperado al día siguiente para ser enterrado el 12 de junio en el panteón de la Mehal-la en Tetuán.

G.S.G.

MEHAL-LA, 1925
2012
Óleo sobre lienzo, 33 x 41 cm
Colección Manuel Palao Lechuga-Elena Dolado Esteban

El Regimiento de Artillería de Campaña nº 20 no adquirió hasta el año 1943 este nombre que ha llegado a nuestros días. Durante la Guerra Civil española (1936-1939) la unidad se denominaba Regimiento de Artillería nº 9 y estaba de guarnición en la ciudad de Zaragoza. En julio de 1936, al producirse el levantamiento de parte del Ejército contra el gobierno de la II República española, Zaragoza quedó en territorio controlado por las fuerzas sublevadas y el regimiento actuó principalmente en Aragón. El frente aragonés había sido fijado cuando quedaron detenidas las columnas catalanas que marcharon hacia las tres capitales aragonesas. Se trataba de un frente extenso que iba desde el Pirineo hasta Teruel, si bien carecía de cohesión y de continuidad pues sólo se hallaba resistencia armada a caballo de las principales vías de comunicación, en especial a lo largo del valle del Ebro.

Tras fracasar las tropas del bando nacional en capturar Madrid en el año 1936, el general Francisco Franco decidió trasladar su esfuerzo bélico hacia el norte para proceder a la reducción de la zona vasco-cantábrica que permanecía leal a la República. Así, en junio de 1937, Bilbao fue ocupada por las tropas nacionales a pesar de la ofensiva republicana en Brunete, cuyo objeto había sido sustraer fuerzas al contrario y detener su avance en Vizcaya. La conclusión de la batalla de Brunete señaló el reinicio del avance nacional por Cantabria, operación que quiso ser de nuevo contrarrestada por el alto mando del Ejército Popular de la República con otra ofensiva, esta vez sobre Zaragoza.

El Ejército Popular, organizado en dos masas de maniobra, ejecutó una ofensiva al norte y al sur del Ebro para envolver y rendir la capital aragonesa. Sin embargo, la maniobra norte apenas logró alcanzar el río Gállego, mientras que la sur tampoco tuvo la suficiente profundidad y quedó frenada lejos del objetivo. El esfuerzo más rudo de las columnas republicanas tuvo lugar en torno a la población de Belchite. La resistencia enconada de las tropas nacionales de Codo, Quinto y Belchite provocó la acumulación de tropas y medios republicanos, luchándose casa por casa hasta que, tras diez días de cerco, Belchite cayó en manos del Ejército Popular el 6 de septiembre.

La guarnición de Belchite consistía en tropas heterogéneas correspondientes a diversas unidades, entre las que se encontraba el 2º Grupo del Regimiento de Artillería Ligera nº 9. Cercada la población, la tropas sitiadas defendieron tenazmente sus posiciones, atacadas con igual intensidad por los republicanos. El primero de septiembre, el comandante Juan Nieva con 140 hombres y una pieza de artillería resistían en el Seminario, posición que garantizaba el suministro de agua a la población. En el cuadro observamos a unos artilleros sosteniendo el fuego con un cañón Schneider de 75 mm, fabricado en España por la casa Trubia, mientras al fondo se aprecia acribillada a balazos la torre de la iglesia, el último reducto de los defensores. Al futuro RACA 20 se le concedería la Gran Cruz Laureada de San Fernando, con carácter colectivo, por su extrema defensa de Belchite.

G.S.G.

Al pie del cañón
2013
Óleo sobre lienzo, 50 x 61 cm
Asociación de Amigos del RACA 20

Este libro acabó de imprimirse el
Día de Navidad de 2013

Después de un éxito sin precedentes en Valladolid, Ferrer-Dalmau retorna al Mediterráneo donde su pincel forjó exquisitas marinas antes de consagrarse al soldado español. La Diputación Provincial de Alicante, siempre atenta a la difusión de valores culturales, ha hecho posible este proyecto y sus ciudadanos podrán disfrutar, sin duda, de un espectáculo de gran belleza estética que estimulará sus sentidos e incitará a una reflexión siempre pendiente, de forma que será ya imposible caminar por esta tierra «sin recordar que andan sobre restos calientes», los de nuestros soldados de todos los tiempos.

DIPUTACIÓN
DE ALICANTE

www.diputacionalicante.es